

Legajo 07-34

Legajo 07-34

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2026

ISBN: 978-980-18-8666-2

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas,  
lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

[novelasdeterror.com](http://novelasdeterror.com)

Hecho en Venezuela.

# Dedicatoria

A los nombres que nadie recuerda.

A las tazas de café manchadas por noches enteras de insomnio.

A mi hermano que nunca fue una página en blanco.

## Prólogo

Un archivo nocturno no es un lugar. Es un intervalo.

Entre el cierre y el amanecer, el silencio no se parece a ningún otro. No es ausencia de ruido. Es una masa densa, casi sólida, que presiona los oídos desde dentro. En el depósito C-12, ese silencio tiene olor a humedad, a papel podrido, a algo que debería haber muerto hace años pero sigue respirando.

Leo Garza conocía ese silencio mejor que su propia respiración.

Por eso, cuando el Legajo 07-34 apareció en el sistema una noche de lluvia, no lo escaneó de inmediato. Se quedó mirando la etiqueta. Sintió el frío en la nuca. Supo, sin saber cómo, que ese expediente lo estaba esperando.

Porque los nombres tienen peso y algunos, cuando se escriben, ya no se pueden borrar. Esto es lo que pasó después.

## **Antes de comenzar**

Hay nombres que no deberían escribirse.

Leo Garza trabaja de noche en el Archivo Histórico Municipal. Conoce cada expediente del depósito C-12 porque él mismo los catalogó, una y otra vez, durante los últimos dos años. Por eso sabe que el Legajo 07-34 no debería existir.

Aquella noche de lluvia, el sistema registró un documento nuevo: ciento cuarenta páginas en blanco y una sola frase manuscrita en la primera: “Aquel que lea mi nombre, me condenará a seguir escribiendo.”

Debajo, una lista de treinta y siete nombres. El primero es el de su madre, muerta hace cinco años. El quinto, el de un amigo que desapareció sin dejar rastro.

Leo no escribió esos nombres. Pero la pluma que los trazó tiene su temperatura. Y desde que abrió el legajo, algo comenzó a escribir dentro de él. Porque el Legajo 07-34 no es un expediente. Es una página esperando un nombre más.

# Índice

|                                                          |     |
|----------------------------------------------------------|-----|
| Portada .....                                            | i   |
| <u>Créditos</u> .....                                    | ii  |
| <u>Dedicatoria</u> .....                                 | iii |
| <u>Prólogo</u> .....                                     | iv  |
| <u>Antes de comenzar</u> .....                           | v   |
| <u>Índice</u> .....                                      | vi  |
| <u>Capítulo 1— El depósito C-12</u> .....                | 1   |
| <u>Capítulo 2 —El sabor del olvido</u> .....             | 9   |
| <u>Capítulo 3 — Las grietas</u> .....                    | 17  |
| <u>Capítulo 4 — Las reglas del juego</u> .....           | 27  |
| <u>Capítulo 5 — El folio 38</u> .....                    | 38  |
| <u>Capítulo 6 — El que recuerda</u> .....                | 47  |
| <u>Capítulo 7 — La habitación de los cimientos</u> ..... | 55  |
| <u>Capítulo 8 — El lugar antes del libro</u> .....       | 64  |
| <u>Capítulo 9 — El precio de recordar</u> .....          | 72  |
| <u>Capítulo 10 — No pasar la página</u> .....            | 80  |
| <u>Agradecimientos</u> .....                             | 91  |
| <u>Sobre el autor</u> .....                              | 92  |

# Capítulo 1

## El depósito C-12

El escáner sonaba como un grillo moribundo. Leo Garza llevaba tres horas frente a la pantalla, con los párpados pesados y el café frío sobre la mesa, en su taza de siempre ya manchada de tono amarillento por tanto café que noche a noche le acompañaba en sus jornadas.

El Archivo Histórico de Santa Lucía era un edificio de los años treinta, con notable aspecto antiguo, con olor a humedad, papel podrido y algo peor: un silencio que aturde, que se filtra por los rincones cuando el último empleado diurno se va.

Eran las 11:47 de la noche. Su turno solitario empezaba siempre igual: cerrar la puerta del depósito C-12 con triple llave, prender las luces de neón que zumbaban como avispa, y digitalizar lo que nadie más quería digitalizar.

—Legajo 07-34 —leyó en voz alta, solo para escuchar algo humano, y romper el silencio ensordecedor.

La etiqueta era extraña. Estaba escrita a máquina, pero el número estaba tachado con tinta negra y reescrito a mano: “07-34”. La cinta adhesiva del lomo estaba amarilla, casi transparente. Un legajo que llevaba décadas sin abrirse.

Lo colocó sobre el escáner de rodillos. El primero de los ciento cuarenta folios apareció en la pantalla. En blanco.

No ligeramente amarillento. No con manchas de humedad. Blanco. Como si lo hubieran impreso esa mañana.

Leo avanzó al siguiente folio. En blanco. Al tercero, cuarto, quinto. Todos en blanco.

—¿Una broma? —murmuró.

Alguien había catalogado un expediente vacío. O peor: alguien lo había metido al sistema con fecha de ingreso reciente. Pero el sello de la cubierta decía: Ingreso: 12 de marzo de 1887.

Eso era imposible. El Archivo no existía en 1887.

Pasó al folio 37. Ahí la pantalla mostró algo distinto: una

sola línea de texto manuscrito, con tinta negra y una caligrafía antigua, inclinada hacia la derecha.

*“Aquel que lea mi nombre, me condenará a seguir escribiendo.”*

Leo se quedó mirando la frase un buen rato. Luego, sin pensarlo, pasó al siguiente folio.

Ahora sí: manuscritos. Una lista de nombres. Una columna estrecha y apretada. Treinta y siete nombres, escritos con la misma tinta, la misma inclinación.

El primero decía: Elena Garza. El corazón le dio un vuelco.

Elena Garza era su madre. Muerta hacía cinco años. Incendio en su casa. Caso cerrado, aunque Leo siempre supo que algo no encajaba.

—¿Cómo...?

Bajó la vista al siguiente nombre. No lo reconoció. Ni el tercero, ni el cuarto. Pero en el quinto se le secó la boca: Julián Ríos. Su compañero de la universidad. Julián había dejado de contestar mensajes hacía tres meses. Leo pensó que se había



mudado, que lo había bloqueado. Nunca escuchó ni supo si alguien denunció su desaparición.

El sexto nombre: Rosa Méndez. La señora de la limpieza que trabajaba en el Archivo. Rosa había faltado dos semanas seguidas. El jefe dijo que había renunciado por problemas familiares.

El séptimo: Sofía Lombardi. ex-novia de Leo. Un año sin verla. Se mudó a otro país, ¿no?

El octavo: Carlos T. (no apellido). Sólo eso. Carlos T.

—Esto no tiene sentido —susurró.

Buscó con la mirada las cámaras de seguridad. Dos domos negros en las esquinas del depósito. Parpadeaban con luz roja. Grababan todo.

Se levantó de golpe. La silla rodó y chocó contra la pared.

Fue hasta la consola de seguridad, junto a la puerta blindada. Presionó «Revisar grabaciones». Fecha: Hoy. Hora: desde las 22:00.

La pantalla partida en cuatro. El depósito vacío. Él entrando a las 22:15. Tomando café. Ajustando el escáner.

Todo normal.

Acercó la imagen. Retrocedió a las 22:30. Él hojeando la primera caja de legajos.

A las 23:00. Él hojeando otro legajo. No el 07-34. Ese no aparecía en la grabación. Leo veía sus manos moverse sobre la mesa, pero sosteniendo nada. Como si el legajo fuera invisible para las cámaras.

A las 23:15. Él escribiendo algo en un papel. Pero no. Ahora lo vio claro: no estaba escribiendo con su mano. La cámara mostraba su cuerpo inclinado, su brazo derecho extendido... pero la mano que sostenía la pluma era más vieja. Con manchas. Con nudillos hinchados. La mano de un hombre de sesenta años.

Y la pluma se veía antigua, no reconocía un modelo reciente y era de plata.

Leo sintió un escalofrío que le cruzó la espalda como un

cuchillo. En la grabación, él mismo —o lo que ocupaba su lugar— levantó la cabeza y miró directamente al domo de seguridad. Y sonrió.

No era su sonrisa.

—¿Qué mierda...?

La grabación se cortó. La pantalla se puso negra. El escáner, que había estado en silencio, empezó a zumbiar otra vez. Leo volvió lentamente a su mesa.

Sobre el escáner, ya no estaba el Legajo 07-34. Ahora había un libro. Viejo. Piel negra. Sin título.

Lo abrió. En la primera página, alguien había escrito con la antigua pluma de plata:

“Ya empezamos, Leo. O ese es tu nombre por ahora.”

Y debajo, recién escritas, aún húmedas:

*Esta noche escribiré el número 38. Dime: ¿cómo se llama tu vecino del quinto piso?*

Leo levantó la cabeza. La puerta blindada seguía cerrada. Las luces rojas de las cámaras parpadeaban con normalidad. Pero algo había cambiado.

El silencio ahora era distinto: no el silencio que aturde, sino el silencio de un cuarto que respira contigo.

Se giró lentamente hacia el pasillo.

Al otro lado de la pared de vidrio esmerilado que daba al depósito C-11, una sombra alargada se movía de izquierda a derecha. Pasos. No los de un guardia. Los de alguien que arrastra ligeramente el pie izquierdo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

La sombra se detuvo.

Luego, muy despacio, una mano apareció contra el vidrio. Mancha en los nudillos. Dedo anular torcido. La piel transparente de un anciano.

Y detrás de la mano, un susurro que atravesó el vidrio como si nada lo separara:

—Todavía no. Hoy solo quiero ver cómo te quedó la sonrisa.

Leo sintió el aliento helado en la nuca, aunque nadie estaba detrás de él. La mano se retiró. Las luces rojas de las cámaras se apagaron una por una. Cuando volvieron a encenderse, el pasillo estaba vacío.

En su mesa, el libro de piel negra seguía abierto. La tinta húmeda ya se había secado.

Leo no durmió esa noche. Pero algo peor: tampoco volvió a sentir sueño.

Nunca más.